

LOS ACONTECIMIENTOS HISTORICOS DE 1825

EL DEFECTO más grande del hombre es su ingratitud. Fundo esta calificación superlativa en que, siendo la sustancia del hombre su historia, todo comportamiento antihistórico adquiere en él un carácter de suicidio. El ingrato olvida que la mayor parte de lo que tiene no es obra suya, sino que le vino regalada de otros, los cuales se esforzaron en crearlo u obtenerlo. Ahora bien, el olvidarlo desconoce radicalmente la verdadera condición de eso que tiene. Cree que es don espontáneo de la naturaleza y, como la naturaleza, indestructible... Olvidar el pasado, volverle la espalda, produce el efecto a que hoy asistimos: la rebarbarización del hombre."

Estos pensamientos de Ortega y Gasset nos parecen admirablemente apropiados para guiar nuestra reflexión a propósito de las celebraciones patrias de este año. Ellas ponen ante la nación paradigmas de valor y de abnegación que deben suscitar su reverencia y su gratitud. Es cosa buena que ella busque en la conciencia de una deuda común con los hombres de 1825 la superación de las profundas escisiones que la han dividido. Pero es preciso más: es imperativo que esta mirada colectiva a nuestro pasado distante no deje de servirnos para comprender la crisis que ha sacudido nuestro pasado reciente.

Es importante que los uruguayos tomemos conciencia de que poseemos una común herencia; máxime cuando en ella se cuentan tan saneados títulos de orgullo como la patriada de los Treinta y Tres. Es importante que juntos nos sintamos movidos a maravilla por la fe de quienes nos legaron la república en que aguarda a ésta un destino de independencia y prosperidad que entonces no podía aparecer, a los ojos de la pura razón, más que como distante y problemático. Y qué, juntos también, sintamos que esa misma fe nos da fuerza, en el trabajo de cada día, para consolidar el patrimonio heredado y cumplir con nuestro deber de transmitirlo incrementado a nuestros descendientes.

No menos importante que todo ello, en nuestra difícil coyuntura, es que no perdamos la oportunidad de comprender que las convulsiones que estremecieron al país se sitúan al cabo de un largo proceso que se inicia y se moldea con un intento de ruptura radical con nuestro pasado. Si no logramos discernir el hilo que une la crisis reciente con la no tan reciente concepción del país como tabula rasa sobre la cual ensayar día tras día la última idea, utópica y antihistórica, del gobernante o legislador de turno, no habremos cumplido con el deber que nos vincula a nuestros ilustres mayores, que entre otras cosas no puede dejar de ser un deber de lucidez.